

Perspectivas sobre la vivienda

La vivienda como objeto de estudio

La vivienda es un concepto complejo que trasciende su función básica de proporcionar refugio, abarcando dimensiones culturales, sociales, políticas y económicas. Tal como plantean Ballent y Liernur (*La casa y la multitud: Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*, Fondo de Cultura Económica, 2014), aunque “casa” y “vivienda” se usan comúnmente como sinónimos, un análisis más profundo revela diferencias en sus significados y connotaciones.

El término “casa” tiene una connotación tradicional, asociada con la relación humana y emocional con el espacio doméstico, resaltando su papel como lugar de protección, cobijo y pertenencia. Por otro lado, “vivienda” es un término moderno, vinculado al ámbito técnico y político, que enfatiza la provisión de espacios habitables a través de políticas públicas, regulaciones y mercados.



Imagen aérea del Barrio Padre Carlos Mugica, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Esta distinción crea tensiones en la experiencia cotidiana de los habitantes. Por un lado, las personas buscan viviendas que respondan a sus necesidades y deseos individuales; por otro, enfrentan restricciones impuestas por las normativas urbanísticas y el mercado inmobiliario. Este conflicto refleja una tensión continua entre lo antropológico —la experiencia personal del habitar— y lo técnico-político —las fuerzas estructurales que configuran las ciudades—. Lefebvre (1991) denominó a esta interacción “la producción del espacio”, destacando cómo las dinámicas sociales y económicas moldean tanto los espacios urbanos como su acceso.

La vivienda es un reflejo de las desigualdades sociales y económicas, particularmente en contextos urbanos. David Harvey (1973) destacó que las ciudades son, en gran medida, el resultado de procesos de acumulación de capital que perpetúan la segregación espacial y las desigualdades en el acceso a recursos. En América Latina, estas desigualdades se manifiestan en la coexistencia de áreas formales con infraestructura de calidad y asentamientos informales con acceso limitado a servicios básicos.

En el mundo, más de 2.800 millones de personas viven en condiciones de vivienda inadecuada o en asentamientos informales, con acceso limitado a servicios básicos como agua potable, saneamiento y electricidad (ONU-Hábitat, *The world is failing to provide adequate housing*, 2023). Además, muchas de estas personas enfrentan constantemente el riesgo de desalojo forzoso. La expansión de asentamientos informales, no sólo evidencia la desigualdad en el acceso a la vivienda, sino que también subraya la incapacidad de los mercados y las políticas públicas tradicionales para abordar la creciente demanda de espacios habitables. Esto, según Harvey, es una manifestación de las tensiones entre el “valor de uso” (el propósito social de la vivienda) y el “valor de cambio” (su rol como mercancía en el mercado).

Una de las manifestaciones más severas de la vulnerabilidad habitacional es la falta de hogar o sinhogarismo. Este fenómeno ha crecido considerablemente incluso en países económicamente avanzados, destacando la insuficiencia de las políticas públicas para garantizar el acceso universal a una vivienda adecuada. Por ejemplo, según las estadísticas oficiales de cada ciudad, en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, la tasa de personas sin hogar es de 0,4 por cada 1.000 habitantes, comparable a ciudades como Londres (0,4) y

Madrid (0,2). Sin embargo, otras ciudades de la región presentan tasas significativamente más altas, como San Pablo (4,3) y la Región Metropolitana de Santiago de Chile (1,5 por cada 1.000 habitantes).

Más allá de su dimensión económica y social, la vivienda tiene un profundo significado cultural y antropológico. Ingold (2013) sugiere que el acto de habitar es fundamentalmente una forma de “estar en el mundo”, una experiencia que conecta a las personas con su entorno a través de relaciones dinámicas y significativas. Desde esta perspectiva, el habitar no se limita al espacio físico, sino que incluye las prácticas, interacciones y sentidos que los individuos y comunidades atribuyen a su entorno.

En este sentido, cualquier análisis sobre la vivienda debe considerar no solo su diseño y acceso, sino también cómo las personas interactúan con el espacio, lo transforman y lo hacen suyo. Este enfoque holístico es particularmente relevante en contextos de alta vulnerabilidad urbana, donde las estrategias de los habitantes para adaptar su entorno a sus necesidades juegan un rol esencial en la construcción de sus espacios de vida.

La vivienda es mucho más que un objeto de políticas públicas o un bien de mercado; es un espacio esencial para la vida humana que refleja las tensiones y aspiraciones de las sociedades contemporáneas. Abordar este concepto desde una perspectiva multidimensional —que incorpora las dinámicas culturales, sociales y económicas— es clave para promover soluciones inclusivas y sostenibles que respondan a las realidades locales.